



# EL SENTIMIENTO DIVINO

*Por Claudio Dossetti*

**E**n general, en todos los seres de la creación y en todas las obras que se realizan, hay cosas que son más esenciales o imprescindibles que otras, sin las cuales dichos seres no podrían existir, ni las obras ser realizadas.

Por ejemplo, para que un fuego se mantenga encendido es necesario que haya leños secos de los cuales puedan brotar las llamas. Asimismo, a fin de que una planta de trigo crezca saludablemente es esencial que tenga un terreno fértil, libre de malezas y que esté bien cuidado.

En el Camino Espiritual, es decir, en el modo de vida que nos acerca a Dios, también ocurre algo parecido. Hay algo que es esencial y que no puede faltar en el corazón de aspirante. Ese algo, que es esencial, recibe el nombre de *Bhâvana*, esto es, Sentimiento Divino.

*Bhâvana* es un estado del corazón en el cual Dios tiene primacía por sobre todo lo demás. De este modo, el pensamiento, el sentimiento y el afecto tienen a Dios por objeto, ha-

ciendo que nuestra conciencia y nuestra atención busquen, en todo tiempo y lugar, hallarse próximas a Dios.

Sin ese Sentimiento Divino, sin Amor a Dios en el corazón, el conocimiento y las diversas disciplinas son como oropeles que recubren nuestro ser; o como vestimentas de diversos colores que envuelven al cuerpo de nuestra mente, o bien, son palabras que pasan a ser guardadas en nuestra alacena mental para ser utilizadas cuando hagan falta, como si fuesen condimentos para sazonar las frases que pronunciamos, y nada más que eso...

A menudo, lo que diferencia a una obra espiritual de un simple quehacer cotidiano, no es la acción en sí, sino el estado de nuestro corazón en el momento de realizarla.

A continuación daremos dos simples ejemplos: uno sobre la meditación y otro sobre las buenas obras.

## **Bhâvana y la meditación**

La esencia de la meditación, su razón de ser y su basamento es el anhelo de estar más cerca de Dios; meditamos y oramos impulsados por una tendencia íntima del corazón que nos impele a aproximarnos a lo que es Eterno, la Realidad, Dios. Si en dicha práctica —sea por la razón que sea—, se halla ausente ese anhelo de cercanía con Dios, es decir, si carece de *Bhâvana* o Sentimiento Divino, por mejor realizada que esté, será sólo un ejercicio de la mente, y su resultado será, tal vez, un efímero

sosiego interior que se desvanecerá tan pronto como un nuevo pensamiento o recuerdo irrumpa en nuestro corazón. Es decir, será una serenidad ilusoria ya que desde el comienzo estuvo apoyada en la ilusión (*Mâyâ*), en lo efímero (*Anitya*). En cambio, si esa misma práctica de meditación se halla motivada por el deseo de comunión con lo Eterno (*Nitya*), es decir, si es hecha con *Bhâvana*, entonces con su ayuda —y si Dios así lo desea—, nos hallaremos, aunque más no sea por unos instantes, en cercanía espiritual con el Divino Señor. Así, aunque nuestra meditación sea breve, desatenta e imperfecta, estaremos sembrando, gracias a ella, semillas divinas en el campo de nuestro corazón.

Dicho de otro modo, si meditamos con el único objeto de serenar la mente, estaremos sembrando en el estéril campo de la ilusión. Pero, si lo hacemos por Amor a Dios, con *Bhâvana*, estaremos haciendo *Dhyâna Yoga*, o *Yoga* de Meditación, tal como lo enseña nuestro sagrado *Bhagavad Gîtâ*.

Los dos casos del ejemplo dado, observados desde un punto de vista exterior, son iguales. La diferencia no reside en lo externo, sino en el estado interno del corazón.

## **Bhâvana y las buenas obras**

Algo parecido sucede con las buenas obras: pueden ser hechas de dos modos. Si al realizar dichas acciones, el recuerdo de Dios está ausente en nuestro corazón y no las hacemos con

un sentimiento de religiosidad, estaremos ayudando de diversos modos a los seres que nos rodean, por ejemplo, brindándoles alimento, pero faltará el alimento esencial: Dios. En cambio, si además de ese anhelo de bien para con nuestro prójimo, en nuestro corazón habita también el sentimiento de que estamos sirviendo a Dios Mismo, es decir, si lo realizamos con *Bhâvana*, con el pensamiento posado en Dios, entonces esas buenas obras serán como una balsa que nos permitirá —poco a poco—, ir cruzando el caudaloso río de la ilusión (*Mâyâ*), e ir acercándonos al puerto seguro de la Unión con Dios. De este modo nuestro obrar será doblemente beneficioso para los seres que nos rodean, ya que estaremos brindando cuidado a sus cuerpos y, al mismo tiempo —de un modo absolutamente etéreo, imperceptible e inefable—, estaremos alimentando a sus almas.

Dicho de otro modo, las buenas obras, realizadas en forma desinteresada, siempre son beneficiosas y loables. Sin embargo, si esas mismas obras se hallan habitadas por el espíritu de *Bhâvana*, pasan a ser —gracias al influjo de ese Sentimiento Divino—, algo mucho más elevado y sublime. Ellas pasarán a ser *Karma Yoga*, o *Yoga* a través de la acción ofrendada a Dios, tal como también nos lo enseña el sabio *Bhagavad Gîtâ*. Es por ello que los Textos Sagrados una y otra vez nos enseñan que el *Karma Yoga* para que sea tal, debe estar siempre acom-

pañado de la oración, la meditación, el recuerdo constante de Dios y el estudio de libros espirituales.

\* \* \*

Estos dos simples ejemplos pueden bien extenderse a todos los aspectos de nuestra vida, a todas las obras que realicemos, estudios que emprendamos y disciplinas a las cuales nos aboquemos, desde las cosas más simples a las más complejas. Casi todo lo que hagamos en la vida, si es para bien de los demás, si lo realizamos con un corazón puro y un ferviente anhelo de estar más cerca de Dios, pasa a ser *Yoga*, es decir, pasa a ser un medio de acercamiento a Dios. De este modo, *Bhâvana*, el Sentimiento Divino, es la fuerza espiritual que nos mantiene en el Sendero y es la luz que nos alumbra en nuestro paso por la vida.

*Bhâvana* es como una planta que crece en nuestro interior. Su semilla es el anhelo del Alma de volver a ser Una con Dios. La tierra fértil es *Satsanga*, la buena compañía, es decir la compañía del *Guru* y de las almas buenas, simples y devotas del Señor. El agua que la nutre son las palabras de los Libros Sagrados enseñadas por el *Guru* y escuchadas con devoción. El Sol es el *Guru*, que con su amor, cercanía y enseñanzas le da vida y la hace prosperar. Su flor es la Visión Espiritual. Y su fruto es la Unión del Alma con Dios.

¡Quiera nuestro Señor, que *Bhâvana* —el Sentimiento Divino—, junto con *Bhakti* —el Amor a Dios—, siempre estén presentes en nuestro interior!

¡Y que cada una de nuestras palabras, pensamientos y acciones sean medios para estar un poco más cerca de Dios!

*Om. Paz, Paz, Paz.*

*Por el Prof. Claudio Dossetti  
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*

---